

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*A la memoria de la Srta. doña Encarnacion Blasco y Soler*, poesia, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Algunos rasgos de la época actual*, por doña Enriqueta Mador de A.—*La pobreza vergonzante*, por don D. Fernandez Arrea.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Labores*, por Pamela.
Con este número se reparte un pliego de patrones y el pliego octavo del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE TERCERA.

MADRE.

DEDICATORIA.

Á LAS MADRES.

Nada podrá enseñaros la tercera parte de esta pequeña obra, que vosotras no sepais ya, porque el mas sábio preceptor, por lo que toca al bienestar de los hijos, es el corazon de una madre.

Pero hay ocasiones, en las que vuestra ternura se ciega, y no veis el precipicio á donde pueden conducir vuestras condescendencias y debilidad á esos seres á los que amais con tanta ternura y abnegacion.

Hay asimismo—aunque yo creo que por dicha son muy escasas,—madres desnaturalizadas é indiferentes á los santos deberes que Dios les ha impuesto al darles tan augusto carácter: madres que, ocupadas absolutamente de los frivolos asuntos del tocador y del salon, desatienden la santa y grata obligacion de velar por sus hijos: esta negligencia da siempre un amargo fruto, así como lo dá la ciega y absoluta condescendencia.

Los egemplos que aquí voy á ofreceros los he visto prácticamente en muchas ocasiones de mi vida: no son, por tanto, preceptos los que aquí

hallareis, si no consejos: el que creais bueno, aprovechadlo: el que no os lo parezca, sirvale de escusa la buena intencion que le ha dictado.

He deplorado muchas veces la educacion que reciben algunos niños, y estoy segura de que los padres que no cumplen con sus deberes sufren aun en esta vida el castigo de sus faltas.

Los buenos padres, las madres cuidadosas ciñen en este mundo la mas bella y gloriosa de las coronas.

Si todas amais á vuestros hijos, procurad hacer todas un buen uso de este amor, para que dé ópimos y sabrosos frutos que recreen vuestra ancianidad, y para que digais al Criador, al hallaros ante su tribunal: ¡Señor! ¡he cumplido la misión que me confiásteis!—

LA AUTORA.

I.

CLARA Á MÉLIDA.

Quinta de los Tilos, mayo de 18...

Todo duerme en derredor mio, hermana: son las once y solo mi luz vela en esta gran casa en la que tan bien me hallo.

Camilo ha llegado cansado de la caza, y, despues de la cena, le he persuadido de que debia acostarse.

—¿Y tú? me ha dicho. ¡

—Para mí es temprano: trabajaré un rato y luego escribiré á Mélida; yo no estoy cansada y tú sí.

—¿No te aburrirás sola?

—Ya sabes, amigo mío, que yo no estoy sola jamás, le he respondido señalándole á María y á Abel, que jugaban á dos pasos de nosotros.

—¡Pero tu compañía se dormirá! me ha dicho Camilo.

—¿Y qué importa? aun dormidos, me acompañan: escribiré cerca de ellos: además, tengo mis libros, y mis macetas, que me hablan de tí á su manera.

—¿De mí?

—Sí: con el language de su perfume: tú las has hecho trasplantar para mí: y como son los olores que mas te agradan, me hablan de tí.

Camilo se sonrió, me abrazó, y luego se sentó para despedirse de los niños, colocándolos cada uno en una de sus rodillas.

Estas despedidas son para él un negocio interminable, y un negocio que padre é hijos quisieran que aun durase mas.

María, con sus ocho años, se hace la chiquita y la mimosa con su padre, que la adora, y conmigo, la formal y la muchacha de gobierno.

Abel, tan turbulento, tan hermoso, es el orgullo de su padre; tiene seis años, y parece de mas edad que su hermana por lo alto y lo robusto que está.

Mélida, toma tus tres querubines, y vénte conmigo á pasar el estío en esta bella y pacífica morada, que Camilo ha comprado para que crezcan y se desarrollen nuestros hijos: deseo que los veas: ¡qué hermosos son! María tiene, como tú, una espesa y sedosa cabellera rubia, los ojos azules y grandes como los tuyos, y mi boca que has alabado tantas veces.

Ya hace dos años que no la ves, y, durante ellos, se ha puesto mucho mas hermosa de lo que estaba: su tez es de nieve y rosa: su nariz griega, los hoyitos de sus mejillas, su barbilla rosada y redonda le dan un perfil adorable.

Abel se ha embellecido tambien: es mas robusto, y su belleza está acorde con su sexo, sin dejar de ser por eso tan notable como la de su hermana.

Es de carácter osado y voluntarioso, pero le acostumbro á que ceda á la reflexion, y ni su padre ni yo hemos empleado jamás la fuerza con este niño, que, como el acero, se rompería antes de doblarse: el valor está escrito en sus hermosos y rasgados ojos negros, de mirada tan franca y leal, que parecen reflejar toda su alma.

Dentro de mi cuarto, donde te escribo, está el de mis hijos: cada uno duerme en su camita

de acero y bronce, con cortinas de muselina blanca, con la paz de un ángel: las colgaduras del lecho de María están recogidas con lazos de cinta: las de su hermano solo con cordones de seda: desde la primera edad, quiero acostumar á mi hijo á los gustos sencillos y varoniles, y formar el de mi hija delicado y gracioso.

María adora á las flores.

Su hermano no pasa una sola vez por delante del cuadro de *Jesus en la oracion del huerto*, que he pintado en el último otoño, que no se detenga, con los ojos animados y llenos de lágrimas: desde la primera vez que ví la emocion que despertaba en mi hijo, conocí, sin inmodestia, que mi obra valía mucho.

Adios, hermana mia, en otra seré mas larga: háblame de tí, de tus hijos... creo que sufres... no ocultes nada al amor de tu hermana

CLARA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

A LA MEMORIA

DE LA

SRTA. D.^a ENCARNACION BLASCO Y SOLER.

que falleció el 18 de octubre de 1865.

Niña hermosa, que tu patria
Has encontrado en el cielo,
Cruzando nuestro camino
Con paso breve y ligero;

No con fúnebres crespones
Mi dulce lira he cubierto,
Al venir sobre tu tumba
A darte el adios eterno.

Si miras llanto en mis ojos,
Es porque ya no te veo,
Y hay pocos ángeles, niña,
En este mísero suelo.

Si llora tu madre triste,
Si con desolado acento
Sin cesar te llama ansioso
Tu hermano amoroso y bueno;

Si te busca por la casa
El hermanito pequeño,
De quien eras compañera
Para los alegres juegos;

Es porque eras para todos
Astro apacible y risueño,
Luz que todo lo alumbraba,
Rayo de sol placentero.

¡No! no lloramos tu suerte:
Angel dichoso en el cielo,
Eres ya, niña, y nosotros
Ninguna falta te hacemos.

¡Tú nos haces falta, y mucha!
¡Cuánto te echamos de menos!
¡Porque ángeles, como tú,
Hay pocos en este suelo!

Niña, mi niña inocente,
Nacida en el valle ameno,
Donde á la luz de la vida
Mis tristes ojos se abrieron;

Como sombra misteriosa
Te he visto pasar, creyendo
Que era ilusion tu belleza
De mi ardiente pensamiento!

Algo impalpable, algo vago
Había en tí, bien me acuerdo!
¡Era tu acento, un suspiro!
¡Era tu voz, un lamento!

Eran tus ojos estrellas
Que recordaban el cielo,
Y tu estatura, la palma
Que manso acaricia el éuro.

En tu frente blanca y pura
Estaba escrito el talento,
Y algo buscaban tus ojos
Que no hay en el universo.

De muerte herida viniste
A vivir en este suelo,
Que ya el corazón doliente
No te cabía en el pecho! (1).

Y con corazón tan grande,
Con rostro tan hechicero,
Con el sello misterioso
Que Dios en tí había puesto,

Yo dije que era imposible
Que vivieras largo tiempo,
Porque eras de aquellos seres
Que tienen por patria el cielo.

¡Benditos, pues, del Altísimo
Los soberanos decretos,

Que al reino de eterna gloria
Niña inocente te han vuelto!

Yo tu blanca vestidura
En el ancho firmamento
Veré, al contemplar las nubes,
De la noche en el silencio.

Aun vivirás en el mundo,
Porque tu retrato bello
Ha de bosquejar mi pluma
Invocando tu recuerdo.

Y tú, qué amabas mis libros
Y con el sepulcro abierto
Aun los leías ansiosa
En tu delirio postrero,

Desde el reino de la gloria
Te verás en uno de ellos,
Con tu semblante de arcángel,
Con tu dulce y suave acento:

Sombra gentil, misteriosa,
Rayo apacible y sereno
Que el hogar de tu familia
Iluminabas risueño;

Recibe la flor humilde
Que te envía mi recuerdo,
Y que ofrezco á tu memoria
En la mansion de los muertos!

30 de octubre de 1865.

María del Pilar Sinués de Marco.

ALGUNOS RASGOS DE LA ÉPOCA ACTUAL.

Graves acusaciones pesan sobre nuestro siglo, acusaciones que no muy infundadas, por desgracia, inspiran profunda tristeza á los corazones benéficos. Mas á pesar de esto ¿porqué se ha de decir y se ha de creer que el mal impera exclusivamente, y que la virtud, desconocida por unos, despreciada por otros, sin recibir apenas el mas leve homenaje de respeto, desfallece cada día, y concluirá por morir y desaparecer completamente de nuestro suelo? Y qué! ¿Sera esto posible? El don mas alto que recibe del cielo el corazón del hombre ¿será por él desdeñado y pasará desconocido sobre la tierra?

No: la conciencia, ese íntimo sentimiento que indudablemente reina en todas las almas, vela sin cesar y nos hace distinguir lo justo de

(1) La señorita doña Encarnación Blasco murió de una efusión al corazón.

lo injusto. Su voz misteriosa y firme déjase oír de todos, y por ella el hombre mas abyecto no puede menos de comprender lo bueno y lo malo, y aunque por soberbia ó injustos ódios afecte menospreciar las acciones benéficas, puédese asegurar que en secreto las admira, y lo que se admira, no está lejos de practicarse.

Es verdad que los que declaman contra nuestra época tienen sobrados motivos para justificar sus quejas. Horribles pasiones levántanse poderosas, alistando bajo su fatal bandera á cien y cien miserables que responden entusiastas á sus funestas inspiraciones. Alzase la avaricia infundiendo en los hombres ese insaciable afán de oro que no repara en los medios para llegar á su objeto, ese afán por el cual todo, hasta los deberes, hasta el honor, se sacrifica: la ambición, señalando encumbrados puestos á los que en su corazón la acogen, prestando audacia á la timidez, y dando alas á la ignorancia: el egoísmo, extinguendo el santo fuego del amor al prójimo: la vanidad, arrastrando á la mujer á profundos precipicios: la envidia sembrando enemistades y ódios injustos; y sobre tan execrables huestes preséntase el indiferentismo religioso, hermano gemelo del ateísmo y á él en todo semejante, que cubriendo bajo su manto de nieve al prócer y al mendigo, al sabio y al ignorante, anhela afirmar su dominio en el mundo, arrebatando el respeto á las cosas sagradas y el santo amor á Dios, fuente de toda felicidad.

Al contemplar los siniestros cuadros que bajo tan horribles móviles aparecen, ¿cómo no declamarán contra la época presente las personas sensibles y timoratas, ó aquellas que parece lo ven todo por negros cristales? Qué no augurarán de una sociedad que camina impulsada, al parecer, por el genio del mal?

Mas á pesar de cuanto digan, repetiremos que no es posible imaginar haya muerto la inclinación al bien aun en aquellos que sean mas depravados. Esa inclinación santa, inspiradora de buenas obras, duerme, sin embargo, en muchas almas con un sueño harto profundo por desgracia. ¡Felices mil veces aquellos que sean predestinados por el cielo para ahuyentar con su voz, y mas aun con su ejemplo, esa palabra viva mas poderosa que otra alguna, el fatal letargo que domina en tantos espíritus!

Empero separando los ojos de los que caminan por la torcida senda de la inmoralidad y dirigiéndolos á los que, para honra de la huma-

nidad, se apartan de ella, ¿de cuanto consuelo no serán para los corazones benéficos los muchos y repetidos hechos generosos que á cada paso se contemplan? Si, defendamos á nuestro siglo de las continuas acusaciones es que se le hacen!

El puede ostentar, quizás cual ningún otro, á la vez que la brillante corona de la ilustración, las fúlgidas aureolas de altas virtudes. Puede ostentar los nombres de infinitos hijos nobles y dignos, que en nada desmerecen de los mas severos, de los mas justos que han alentado en otras edades. Hombres honrados y magnánimos hay en la clase mas elevada de la sociedad, los hay en la media, en esa clase privilegiada adonde con tanto esplendor destellan la virtud y el talento, y en la que cual merecido premio se ven hoy en su mayor parte los honores y la riqueza; los hay entre los hijos del pueblo... ¿Habrá quien pueda negar esto? habrá quien lo desconzca?

Cuando la maledicencia, tan atendida siempre por la generalidad, enumera los muchos magnates ambiciosos que no vacilan en sacrificar el bien de todos al suyo, los funcionarios públicos que se enriquecen por reprobados medios, ¿no habrá al mismo tiempo una voz que revele los beneficios que otros derraman, y que haga conocer los infinitos empleados que, aunque se vean amenazados por la indigencia, huyen de cuantas ocasiones se les presentan de mejorar de suerte con mengua de su probidad y su decoro? A la estensa lista de jóvenes que por su excesivo lujo arruinan á sus familias, ó de infelices mujeres que, arrastradas por la vanidad y la pereza, se entregan á la disolución, no se pudiera presentar otra, cien y cien veces mas estensa, de amantes madres, de tiernas hijas que sacrifican sus aspiraciones y viven felices en el modesto retiro del hogar, de jóvenes laboriosas que prefieren una vida de ímprobo trabajo y continuas privaciones á cuantas halagadoras promesas pudiera hacerle la seducción á trueque de la deshonor? En contraposición de la multitud de criminales que gime en las cárceles, no hay millares y millares de sencillos jornaleros, que unos en los talleres y otros en las duras faenas agrícolas, llevando la honradez por lema, ganan el pan con el sudor de sus frentes?

El sensato pueblo español es á mas, sin distinción de gerarquías, compasivo y generoso por excelencia, ¿cuantos sacrificios, cuantos rasgos de santa abnegación pudieran narrarse de él dignos de universal alabanza que pasan igno-



rados de todos! Solo algun grave acontecimiento extraordinario puede á veces levantar el espeso velo que oculta esos nobles procederes, esas bellas acciones, gloria de España, honra de la humanidad. Esa ocasion llegó para la reina de Andalucía, para la oriental Sevilla, en la calamitosa temporada que viene atravesando.

El comercio que tantos beneficios derrama, que tanto contribuye á la prosperidad y engrandecimiento de las naciones, es en épocas de epidemias el peor enemigo que pueden tener las ciudades populosas. Los buques llegados al florido Bétis de otros puntos ya infestados por los fatales miasmas que se levantan de las orillas del Ganges, condugeron á estas fértiles comarcas entre sus mercancías al terrible huesped que hoy ha invadido las principales capitales de Europa, infundiendo en ellas el espanto. La populosa Triana, adonde en su mayor parte se albergan familias de marinos y en la que muchos de estos se alojan, fué la primera que, como siempre ha acontecido, dió la señal de alarma. La nube que mas tarde habia de cernerse sobre toda la ciudad, limitóse al principio solo á tres calles de aquel estenso barrio, y sus rayos, harto frecuentes y ciertos por desgracia, comenzaron á esparcir la muerte y la consternacion en el desdichado vecindario. Al terror que inspiraron tan funestas noticias, y por el cual muchas familias, abandonando sus hogares, huyeron despavoridas, sucedió en breve la piedad. Todos, olvidando por un momento la ansiedad profunda que sentian ante el peligro, comprendieron que los necesitados eran los mas espuestos á sufrir el cruel azote, y unánimes anhelaron mejorar las tristes condiciones de su suerte.

Abrióse al punto una suscripcion para que cuantos quisieran llegaran á inscribirse en ella, presentando el donativo que tuvieran á bien. Corrió la noticia y la realidad sobrepujo á cuantas esperanzas lisonjeras pudieron concebirse. Desde el aristocrático propietario hasta el humilde menestral apresuráronse, sin instigacion de ninguna clase, á presentar su ofrenda para tan digno objeto. La lista de bienhechores fué en breve extensísima, figurando en ella desde la cantidad de veinte mil reales, que entregó un señor altamente caritativo que no quiso revelar su nombre, hasta la mas insignificante, que representa el óbolo del pobre tan grato á los ojos de Dios. Reunióse á los pocos dias una crecida suma, y creemos subirá aun mas, hallándose al

par todos dispuestos á repetir sus dones si las circunstancias lo exigieren. ¡De cuantos aplausos no es digno este desinterés del generoso pueblo sevillano!

(Se concluirá).

Enriqueta Madoz de A.

LA POBREZA VERGONZANTE.

1.

La marquesa de V..., cuya juventud no habia sido seguramente de las mas morigeradas, á pesar de la educacion esmerada que sus padres le dieron en su infancia, desde que tuvo la dicha, hacia tres años, de contraer matrimonio con el baron de N..., hombre de muy buen fondo y sanas costumbres, ocupaba un magnífico palacio en las estremidades de la coronada villa. En ciertas horas del dia, la marquesa acostumbraba á sentarse, por gozar del aspecto del campo, en un despejado mirador que venia á dar sobre su mismo dormitorio. Desde este sitio contemplaba los maravillosos fenómenos de un cielo de marzo, que tan pronto se mostraba sombrío y amenazador, teñido de negros colores, como envuelto en brillantes nubes de variadas luces; despues fijaba su atencion en los árboles, cuyas hojas comenzaban ya á desarrollarse bajo los caprichosos rayos del sol.

Un dia en que sus miradas vagaban errantes en torno suyo, vinieron á fijarse en una casita vecina, de la cual no alcanzaban á verse mas que el tejado con la ventana de una bohardilla.

Esta ventana acababa de abrirse con lentitud, y una jóven apareció en ella de repente, con un rosal de bengala, que colocó sobre el alfeizar con sumo cuidado. Entonces la niña, arrancando una por una las hojas marchitas de la planta, las arrojó, y, arrebatadas por el viento, fueron á caer algunas á los piés de la marquesa. Esta, impelida por un extraño interés, seguia todos los movimientos de la hermosa niña, blanca y macilenta en aquellos instantes, como las rosas que pretendia enderezar sobre el tallo: dijérase que á ella tambien le faltaba un poco de sol, y que el invierno, con todos sus rigores, se habia posado sobre su cabeza.

—¡Pobrecilla! tal vez le falta lo necesario.!! se dijo la señora de V..., echando al mismo tiempo una mirada inquieta al riquísimo mue-

blage de su dormitorio. Pero nó, no existe un solo pobre en mi distrito, que no haya recibido mis auxilios inmediatamente, cuando ha llegado á manifestar ne su miseria; y si esta jóven se hallara en semejante situacion, seguramente se hubiera dirigido á mi, á mi dama de confianza ó al administrador encargado de distribuir las limosnas.

Esta reflexion le devolvió su turbada tranquilidad: por otra parte, la ventana de la bohardilla habia vuelto á cerrarse. Entonces fué á tomar asiento al lado de una magnífica chimenea francesa, cuyo calor le era tanto mas agradable, cuanto que el aire se habia enfriado considerablemente. Aquí, rodeada de todas las comodidades del lujo, pronto olvidó la boardilla, á la jóven y el rosal de bengala.

Dos semanas despues, sin embargo, en tanto que la marquesa se asomaba otra vez al mirador, la imagen de la jóven desconocida vino á ofrecerse á su memoria; y, al recordarla, sus ojos giraron con cierta vehemente espresion de curiosidad hácia la vecina casita, cuya ventana permanecia cerrada y en la cual solo pudieron descubrir el rosal encorbado, decaído, falto de riego y de cariñosos cuidados.

—Sin duda ha cambiado de domicilio: fué el primer pensamiento que se ocurrió á la señora de V... Efectivamente, las vidreras, despojadas de sus acostumbrados cortinajes, y cubiertas por una espesa capa de polvo, daban autoridad á esta suposicion.

Por la tarde la marquesa acudió á San Isidro al sermon de Pasion, encomendado á una celebridad eclesiástica. La concurrencia era tan numerosa que no le fue posible colocarse debajo de la nave, viéndose, por tanto, obligada á sentarse á gran distancia del orador, por lo que, á pesar de toda su atencion, érale solamente dado adivinar lo que aquel espresaba con acentos vivos, sonoros y arrebatadores. Si pintaba la ceguedad, la rabia de los crueles verdugos del Dios hecho hombre, su palabra partia vibrante y enérgica, sonando como el trueno sobre la cabeza de los oyentes, y corria á perderse en prolongados ecos en las mas recónditas capillas del sagrado templo. Entonces parecia rodeado por la inmovilidad de las tumbas; hubiérase dicho que todos se hallaban heridos de estupor y de espanto, y que cada cual se acusaba de los ultrajes cometidos con el Salvador por la ingratitude y las mezquinas pasiones del mundo. Todas las miradas, fijas en las del sacerdote, pa-

recian implorar su piedad y demandarle perdon.

En seguida, por medio de una transicion hábilmente empleada, las cuerdas de su voz se endulzaron gradualmente, y no articularon mas que sonidos conmovedores, tiernos y lastimeros que provocaban el llanto, al pintar con vivísimos colores la paciencia, la humildad, la dulce resignacion del hijo de Dios, en sus mas crueles angustias.

La marquesa, vencida tambien por la elocuencia del predicador, dejó caer su velo para ocultar las lágrimas que resbalaban por sus mejillas; y, acabado el sermon, esperó para salir á que la mayor parte de los concurrentes lo hubiese verificado.

No lejos de allí, casi oculta por una columna, veíase arrodillada sobre la dura piedra á una mujer que con frecuencia dirigia miradas furtivas á la señora de V... Macilenta, abatida como la flor marchita por el solano, parecia plegarse sobre su propio tallo, tal vez por efecto de una constitucion débil ó de un precoz desarrollo; porque la docilidad de sus movimientos daban evidentes señales de que se encontraba en la primavera de su vida. Todo su porte era de una elegancia notable; sin embargo, su traje impropio de una estacion aun bastante fria, revelaba pobreza, y sus miembros temblaban bajo la ligera muselina que los cubria.

La marquesa la examinaba con cierta atencion, mezclada de interés profundo, porque aquella mujer no era otra que la jóven de la bohardilla, á la cual reconoció sin dificultad por el perfil puro y delicado, por las facciones cubiertas de esa palidez enfermiza, de esa gravedad melancólica, que tan mal sienta en un rostro de quince años. La señora de V..., bien hubiera querido hablarla para informarse de sus medios de subsistencia; pero ¿cómo atreverse á formular proposiciones que no pueden ser aceptadas sino á título de limosna por parte de un extraño? Permaneció, pues, indecisa en su lugar, luchando entre el deseo de aliviar el sufrimiento del prógimo, y el temor de ultrajar tal vez el orgullo ó una vana susceptibilidad del mundo. Acostumbrada á hallarse en análogas circunstancias, la señora de V... se decidió á esperar, porque ignoraba aun que la iniciativa debe partir del rico cuando el pobre se manifiesta retraído y tome descorrer el velo que oculta á los ojos de la indiferencia el secreto de su acerbo dolor y horribles aficciones.

En fin, la marquesa se disponia á salir de la

iglesia cuando vió á la jóven levantarse repentinamente y dirigirse á ella con rapidez aunque con mal seguro paso. Próxima ya á la señora de V..., que se detuvo á recibirla, se apoyó sobre el respaldo de un banco, como si las fuerzas le hubiesen abandonado; y, despues de algunos minutos de silencio, se escaparon de sus lábios estas palabras, en mal articulados sonidos:

—Disimule V., señora, si me atrevo á molestarla; pero yo... yo... mi madre...

Y ocultando el rostro entre sus manos, retrocedió como espantada de sus propias palabras.

—Tranquílcese V., hija mia, le dijo la marquesa con bondadoso acento: habia adivinado su desgracia; y si una falsa timidez no me hubiera contenido, yo misma iba á...

—Nada pido á V., balbuceó la desconocida, rehusando con vehemencia una moneda de oro que la marquesa le alargaba. Yo no soy rica, es cierto; ¡pero, mendigar!... ¡Ah! ¡nunca, nunca!...

—La pobreza no es ningun crimen, y avergonzarse de ella seria un orgullo mal entendido. Acepte V., pues, este pequeño socorro, por ahora, y crea que, al ofrecérselo, no hay intencion alguna de humillarla.

—No me ha entendido V., señora; se lo repito: no soy una mendiga.

—No obstante, si no me engaño, algo tenia V. que pedirme.

—Efectivamente... lo recuerdo... ¡Ah! si, era esto...

Y adelantándose á tomar de una silla el devocionario cincelado de oro de la marquesa:

—Tome V., señora, añadió presentándosele: se le olvidaba este hermoso libro, y sobre ello iba á llamar su atencion.

Y sonriéndose, con esa sonrisa que encubre la horrible angustia de un alma herida y desgarrada, saludó á la marquesa, y se dirigió hacia una de las puertas laterales de la iglesia. Aquí se detuvo para respirar un poco, y sus piernas parecian plegarse bajo el peso de sus dolores. Sin embargo, la brisa refrigerante de la tarde reanimó momentáneamente sus debilitadas fuerzas, y se alejó de San Isidro; é internándose por las calles mas estraviadas y solitarias, llegó á la puerta de una casa de humilde aspecto, situada á espaldas del palacio de la señora V..., y, entrando en ella, despues de atravesar un pasillo oscuro, subió por una desmoronada escalera al quinto piso, empujó una carcomida puerta, que cedió fácilmente á sus

esfuerzos, y vino á caer palpitante al pié de una cama, en la cual estaba acostada una mujer de facciones secas y demacradas.

(Se concluirá.)

D. Fernandez Arrea.

REVISTA DE LA SEMANA.

La felicidad es no haber nacido.

SHAKSPEARE.

Un tiempo fué que solia yo referir á mis bondadosas lectoras historias del dia, sucesos agradables, acontecimientos artísticos, algo que pudiera distraerlas.

Hoy todo ha cambiado. Madrid, al arroparse porque llega el invierno, elige el color negro para cubrir sus miserias.

Parece que todos vestimos el uniforme de la muerte.

¡La muerte! hé aquí la única verdad de la vida que no cuesta trabajo creer, especialmente en épocas como la presente.

Apenas hay una familia cuyos individuos no lloren la pérdida de un ser querido.

Apenas hay un cementerio donde los sepultureros se den momento de reposo.

Yo no sé en qué consiste, pero el sol de estos dias pasados no parecia el mismo. Cualquiera hubiera dicho, al observar la amarillenta luz que alumbraba las calles, que el sol habia cerrado los ojos para no contemplar tantos horrores.

Un poco mas, y habrá que derribar las tapias de los cementerios. Un poco mas, y todos serán uno.

Siempre he creido que el cementerio era un lugar de grato acceso, pero ahora he llegado á considerarlo como debieran considerarlo todos los mortales, es decir, como una segunda casa.

Bien mirado, los que tenemos allí un ser idolatrado, ¿debemos ó no debemos visitarle?

Esta es la cuestion que hace tiempo me ocupa.

Hay personas tan sumamente débiles, que se abstienen de visitar á los muertos mientras que no dejan de visitar á los vivos.

Así es la humanidad. Así es el corazon, egoista y miserable.

Un recuerdo que hace daño, evita que una lágrima caiga sobre la losa de una tumba. El

alma del que desapareció pierde esta memoria que debe serle grata.

¿Os inspira miedo el cementerio? ¿y á quién teneis miedo? ¿A los muertos ó á vosotros mismos?

Corazones cobardes, almas amilanadas por la desgracia, pueden permanecer impasibles ante ese misterioso acento de los que huyeron y que parece que escuchamos todos de vez en cuando; ese acento que esclama en son doliente: venid á mí, que Dios está conmigo!

Hoy por hoy, las circunstancias son las que dictan órdenes y las autoridades obedecen. El cólera ha diezmando la población: los cadáveres han penetrado por las puertas de las sacramentales en larga y fatídica procesion; y una vez dentro de esas uniformes habitaciones, apiñados, amontonados, hacinados en el suelo como cosas que para nada servian ya, han caído en manos de esos menestrales de la muerte que entierran y cantan, y arrojan tierra encima murmurando un terno ó una blasfemia. El aire está impregnado de gases mefíticos, la atmósfera contiene no se qué de punzante y de horrible que amilana, que coarta, que daña: los que sobreviven á la epidemia no quieren contagiarse, no quieren morir, porque la vida tal vez es muy hermosa, y se pegan á la vida como la ostra á la concha, como la piel al cuerpo.

Era preciso, pues, que entre tantas medidas como la autoridad habia dictado, hubiera otra que evitara de un modo positivo el contagio.

Y se ha prohibido la entrada en los cementerios el día de Todos los Santos.

Yo quisiera que todos mis lectores pensaran ahora como yo. ¿No es verdad que se han alegrado en el alma de que tal prohibicion haya sido dictada? ¿No es verdad que todos los años, al aproximarse el día 1.º de noviembre, han sentido, como yo, que los vivos fuerán á insultar á los muertos?

Si, iban á insultarlos, á insultarlos de una manera horrible.

El pueblo siempre es el mismo: acude á una boda como á un entierro. Se divierte extraordinariamente en una funcion de pólvora y goza de un modo incomprensible presenciando la muerte de un hombre en garrote. Dadle un espectáculo gratis y acudirá á él, ya sea la llegada de un rey, victorioso ya sea la partida de un rey vilipendiado.

Por eso todos los años el primer día de noviembre las muchedumbres se desbordaban co-

mo río sin madre por las afueras de Madrid, inundaban los cementerios, reían, cantaban, bebían, brindaban... todo era bulla y jaleo y chacota y algazara... ¡El cuadro de la miseria humana pintado con colores chillones!

Hoy no sucederá eso. Hoy los cementerios no resonarán con los ecos de la alegría mundana; por algo tienen la gravelad que aterra á las clases débiles; por algo ha dicho una bella niña

*Que cada paso que damos
es un paso hacia la muerte.*

Por algo hay una cruz sobre la puerta de entrada.

El escándalo cesa por ahora: además los que son felices no deben visitar ciertos lugares.

Quédense en sus casas ó acudan á disfrutar de mas agradables espectáculos, los que no han perdido al tierno padre ó la madre cariñosa, á la inocente vírgen ó al candoroso infante.

Nosotros, los que tenemos alguien á quien visitar en el cementerio; los que vamos á llorar y no á reír, los que vamos á derramar una lágrima ó á conjurar un recuerdo, tenemos franca entrada á todas horas en la mansion de los que murieron.

¡Felices ellos, y tristes de nosotros!

Eusebio Blasco.

LABORES.

Los patrones, que hoy damos á nuestras suscriptoras, son de un trajecito para niño de seis años, compuesto de chaqueta y pantalon ancho y fruncido en la rodilla, para llevarlo con botitas altas con borlas; la hechura del pantalon es igual á la del que lleva el niño designado con el nombre de figura 5.ª, en el figurin repartido con el número anterior.

Puede hacerse este traje en terciopelo azul, negro ó morado: y tambien en merino ó lana dulce gris, ó azul, con agremanes negros de seda.

Todas las piezas, de que consta el traje, llevan su nombre, así como las letras para su colocacion.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.